

## I

El día a partir del cual ya nada sería como antes en la vida de Raimund Gregorius, comenzó como tantos otros días. A las ocho menos cuarto, salió de la Bundesterrasse y se adentró en el puente de Kirchenfeld, que lo llevaba desde el centro de la ciudad hasta el instituto de Bachillerato, un recorrido que repetía cada día laborable durante todo el curso escolar, siempre a las ocho menos cuarto. En una ocasión en que el puente estaba cerrado, cometió luego un error en la clase de griego, algo que no había sucedido nunca antes ni volvería a suceder después. Durante días no se habló en toda la escuela de otra cosa salvo de ese error, y cuanto más duraba el debate sobre el asunto, tanto más crecía el número de personas que creía haber oído mal. Por último, fue ésa la convicción que se impuso entre los alumnos, incluso entre los que habían estado presentes. Era sencillamente inconcebible que Mundus, como todos lo llamaban, cometiera un error en griego, latín o hebreo.

Gregorius miró hacia adelante, hacia las torres del Museo Histórico de la ciudad de Berna, levantó la vista hacia la cima del Gurten, y luego miró hacia abajo, hacia el río Aare, con sus aguas verdes de glaciar. Un viento racheado arrastraba las nubes bajas por encima de su cabeza, le torcía el paraguas y azotaba su rostro con latigazos de lluvia. Fue entonces cuando vio a aquella mujer en medio del puente. Tenía los codos apoyados en el parapeto y leía bajo la intensa lluvia algo parecido a una carta. Tenía que sostener el trozo de papel con ambas manos.

Cuando Gregorius se acercó, ella estrujó el papel de repente, hizo una bola con él y la arrojó al aire con un movimiento brusco. Involuntariamente, Gregorius había apresurado el paso, y en ese momento se encontraba muy cerca de ella. Veía la rabia en su rostro pálido y mojado por la lluvia. No era una rabia que pudiera descargarse con palabras altisonantes para luego esfumarse sin más. Era una rabia pertinaz, una rabia interior que debía de llevar mucho tiempo ardiendo dentro de ella. Entonces la mujer se apoyó sobre el parapeto con los brazos extendidos y los talones se le salieron de los zapatos. «Va a saltar», pensó Gregorius; dejó el paraguas en manos de un golpe de viento que lo arrojó por encima del puente, dejó caer al suelo su cartera llena de cuadernos escolares y soltó una serie de improperios que no formaban parte de su vocabulario habitual. La cartera se abrió y los cuadernos se desparramaron por el pavimento mojado. La mujer se dio la vuelta. Por unos instantes, contempló inmóvil cómo los cuadernos cobraban una coloración más oscura a causa del agua. Entonces la mujer sacó un rotulador del bolsillo del abrigo, dio dos pasos, se inclinó sobre Gregorius y le escribió una serie de números en la frente.

—Disculpe... —dijo en francés, jadeante, con cierto acento extranjero—, pero no puedo olvidar ese número de teléfono y no llevo papel conmigo.

Dicho esto, echó una ojeada a sus manos como si las viera por primera vez.

—Claro que también podría haberlo escrito... —dijo, y, alternando su mirada entre la frente de Gregorius y su mano, escribió el número en el dorso de esta última—. Yo... yo no quería conservarlo, quería olvidarlo todo, pero cuando vi caer la carta... me vi impelida a memorizarlo.

La lluvia que caía sobre los gruesos cristales de sus gafas empañaba la vista de Gregorius, que recogía torpemente y a tientas los cuadernos mojados. Le pareció que, una vez más, la punta del rotulador se deslizaba por su frente, pero entonces se

dio cuenta de que esta vez era el dedo de la mujer que intentaba borrarle los números con un pañuelo.

—Es un atrevimiento, lo sé... —dijo, y comenzó a ayudar a Gregorius a recoger sus cuadernos. Él tocó su mano y rozó su rodilla, y cuando ambos se estiraron para coger el último cuaderno, sus cabezas chocaron.

—Muchas gracias —dijo él cuando estuvieron de pie, frente a frente, y acto seguido le señaló a la cabeza—. ¿Le duele mucho?

Ausente, con la mirada fija en el suelo, ella hizo un gesto negativo con la cabeza. La lluvia le golpeaba el cabello y le corría por la cara.

—¿Puedo acompañarle un trecho?

—Eh... Sí, claro —tartamudeó Gregorius.

Caminaron en silencio hasta el final del puente y siguieron luego en dirección al instituto. Su noción del tiempo le decía a Gregorius que ya eran las ocho pasadas y que había comenzado la primera hora de clases. ¿Hasta dónde podía extenderse ese «trecho»? La mujer había adaptado sus pasos a los de él, trotaba a su lado como si fuera a continuar así todo el día. Se había levantado el ancho cuello de su abrigo y Gregorius sólo podía ver su frente desde un lado.

—Tengo que entrar ahí, en el instituto —dijo, deteniéndose—. Soy profesor.

—¿Puedo entrar con usted? —preguntó ella en voz baja.

Gregorius vaciló y se pasó la manga por las gafas mojadas.

—Bueno, allí por lo menos está seco —dijo por fin.

Subieron los escalones, Gregorius le sostuvo la puerta y ambos se vieron en el gran vestíbulo, que mostraba un aspecto especialmente desolado y silencioso cuando las clases habían comenzado. Sus abrigos chorreaban.

—Espere aquí —dijo Gregorius y fue hasta los lavabos para traer una toalla.

Allí, secó las gafas delante del espejo y se enjugó el rostro. Aún podían distinguirse los números en la frente. Sostuvo un

extremo de la toalla bajo el chorro de agua caliente del grifo y ya se disponía a frotar cuando, de repente, se detuvo en medio del gesto. «Ése fue el instante que lo decidió todo», pensaría luego, cuando recordó el incidente varias horas después. De repente comprendió que no *quería* borrar la huella de su encuentro con aquella enigmática mujer.

Imaginó cómo se presentaría poco después delante de la clase con un número de teléfono pintado en la cara; él, Mundus, el hombre más fiable y predecible en ese edificio, probablemente en toda la historia del instituto, que trabajaba aquí desde hacía más de treinta años sin una sola tacha en su profesión, un pilar de la institución, quizás un poco aburrido, es cierto, pero respetado, e incluso un poco temido al otro lado, en la universidad, gracias a sus vastos conocimientos de las lenguas clásicas; un hombre del que sus alumnos se mofaban cariñosamente, al que cada curso ponían de nuevo a prueba, llamándolo por teléfono en plena noche para preguntarle por la acotación de un intrincado pasaje en un texto antiguo, sólo para recibir siempre, de memoria, la misma información seca y agotadora que incluía un comentario crítico sobre otras opiniones posibles, todo expuesto de corrido y con una calma que no dejaba entrever el más mínimo rastro de enfado por la molestia; en fin, Mundus, un hombre con un nombre imposible por lo anticuado, un nombre casi prehistórico que, sencillamente, era preciso abreviar y no podía abreviarse de otro modo; una abreviatura que después de todo ponía de relieve, como ninguna otra palabra habría podido hacerlo, la esencia de ese hombre que, en su condición de filólogo, guardaba consigo conocimientos que representaban, cuando menos, todo un mundo, o más bien varios mundos a la vez, universos aprendidos de memoria, y no sólo el pasaje cualquiera de un texto en latín o griego, sino también en hebreo, con lo cual había dejado perplejo a algún que otro catedrático del Antiguo Testamento. «Si queréis ver a un verdadero erudito, aquí lo tenéis», solía decir el director cuando lo presentaba ante cada nuevo curso.

Y ese erudito, pensaba ahora Gregorius, ese hombre seco que para algunos parecía estar hecho sólo de palabras muertas, al que algunos colegas, envidiosos de su prestigio, llamaban «El Papiro», ese erudito entraría ahora en el salón de clases con un número de teléfono que le había garabateado en la frente una mujer desesperada, una mujer, por lo visto, desgarrada entre el amor y el odio, con un abrigo de piel de color rojo y un fabuloso y suave acento del sur que sonaba como un susurro prolongado hasta el infinito y lo convertía a uno en cómplice con tan sólo escucharlo.

Cuando Gregorius le trajo la toalla, la mujer sujetó un peine entre los dientes y se frotó el cabello negro y largo, que caía en el cuello del abrigo como en un cuenco. El conserje entró en el vestíbulo, y al ver a Gregorius, lanzó primero una mirada de asombro al reloj situado sobre la entrada y luego otra a su reloj de pulsera. Gregorius le dedicó una breve inclinación de cabeza, como siempre hacía. Una alumna pasó a toda prisa por su lado, se dio la vuelta dos veces mientras caminaba y continuó.

—Doy clases allí arriba —dijo Gregorius a la mujer, señalando hacia el otro edificio a través de la ventana. Transcurrieron varios segundos. Gregorius sintió los latidos de su corazón—. ¿Quisiera acompañarme?

Más tarde Gregorius no podía creer que hubiera dicho aquello en realidad, pero de algún modo debió de haber sido así, porque de repente se vieron caminando lado a lado en dirección al recinto de clases, mientras él escuchaba el chirrido de sus suelas de goma sobre el linóleo y el repiqueteo de botines que marcaba el paso de la mujer.

—¿Cuál es su lengua materna? —le había preguntado él antes.

—*Português* —le había respondido ella.

La *o*, que ella pronunciaba como una *u*, la claridad ascendente y extrañamente comprimida de la *ê* y la suave *sch* al final se unían para formar una melodía que sonaba mucho más

larga de lo que en realidad era, una melodía que Gregorius hubiese preferido seguir escuchando durante todo el día.

—Espere —dijo entonces; sacó un cuaderno de apuntes de la chaqueta y le arrancó una hoja—. Para el número de teléfono.

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta, cuando le pidió que pronunciara de nuevo la palabra de antes. Ella la repitió, y entonces Gregorius la vio sonreír por primera vez.

El cuchicheo se interrumpió de golpe cuando entraron en la clase. Un silencio que era más bien perplejidad llenó el recinto. Más tarde Gregorius lo recordaría con exactitud: había disfrutado ese silencio de sorpresa, esa incredulidad callada que hablaba desde cada rostro, y también había disfrutado su contento por tener la posibilidad de sentir de un modo que jamás había creído posible en él.

«¿Qué está pasando aquí?». La pregunta salía de cada una de aquellas casi veinte miradas atentas a la curiosa pareja parada junto a la puerta; a Mundus, que con la calva mojada y el abrigo negro por la lluvia, estaba de pie junto a una mujer de rostro pálido y mal peinada.

—¿Qué le parece allí? —dijo Gregorius a la mujer y le indicó una silla vacía situada en un rincón al fondo. Luego fue hasta delante, saludó como de costumbre y se sentó detrás del atril del profesor. No tenía idea alguna de lo que hubiese podido decir a modo de explicación, e hizo que los alumnos tradujeran el texto en el que estaban trabajando. Las traducciones tardaron en llegar, y el profesor captó alguna que otra mirada de curiosidad. También las había confusas, porque él (él, Mundus, que reconocía cualquier error incluso dormido) dejaba pasar infinidad de errores, inexactitudes y descuidos.

Logró hacer como si no mirara a la mujer sentada detrás. Sin embargo, la veía a cada segundo, veía los mechones mojados que ella se apartaba de la cara, las manos blancas retorciéndose una contra la otra, la mirada ausente y perdida que salía por la ventana. En una ocasión sacó algo con que escribir

y anotó el número de teléfono en el papel. Luego se apoyó de nuevo hacia atrás y apenas parecía saber dónde estaba.

Era una situación imposible, y Gregorius miró de reojo el reloj: faltaban todavía diez minutos para el recreo. Entonces la mujer se levantó y caminó silenciosamente hasta la puerta. Con la puerta entreabierta, se volvió hacia Gregorius y colocó un dedo sobre los labios. Él asintió y ella repitió el gesto. Entonces la puerta se cerró con un ligero chasquido.

A partir de ese instante, Gregorius no escuchó nada de lo que decían los alumnos. Era como si estuviera completamente solo, rodeado de un silencio ensordecedor. En algún momento se vio de pie junto a la ventana, siguiendo con la mirada la roja silueta de la mujer hasta que hubo desaparecido en una esquina tras unos edificios. Sentía cómo retumbaba en él el esfuerzo que le había costado no seguirla. Veía una y otra vez su dedo sobre los labios, algo que podía significar tantas cosas: «No quiero molestar» o «Será nuestro secreto», pero también «Permítame irme ahora, no puede haber una segunda parte».

Cuando sonó el timbre para el recreo, se quedó junto a la ventana. A sus espaldas, los alumnos salieron de la clase con un silencio desacostumbrado. Más tarde él también salió, abandonó el edificio a través de la salida trasera y se sentó al otro lado de la calle, en la biblioteca cantonal, donde nadie lo buscaría.

Llegó puntual como siempre a la segunda parte de ese doble turno de clases. Se había borrado los números de la frente, los apuntó en el cuaderno después de dudarlos unos minutos y se secó luego la escasa corona de pelo gris. Sólo la mancha de humedad en la chaqueta y el pantalón revelaban que algo inusual había sucedido. Entonces sacó la pila de cuadernos mojados de la cartera.

—Un mal paso —dijo escuetamente—. Tropecé y se salieron en medio de la lluvia. Pero las correcciones todavía podrán leerse bien, de lo contrario tendréis que trabajar con las acotaciones.

Ése era el Gregorius que los alumnos conocían, así que una audible sensación de alivio recorrió el aula. De vez en cuando notaba alguna que otra mirada curiosa, y aún quedaba algún resto de timidez en la voz de algunos alumnos. Por lo demás, todo era como antes. Escribió las faltas más comunes en el encerado; luego dejó que los chicos trabajaran a solas.

¿Podía decirse que lo sucedido con él durante el cuarto de hora siguiente era una decisión? Esa pregunta se la haría Gregorius más tarde una y otra vez, pero nunca estuvo del todo seguro. Ahora bien, si no era una decisión, entonces, ¿qué era?

Todo comenzó en el momento en que, de repente, contempló a los alumnos inclinados hacia adelante, con la vista clavada en sus cuadernos, como si los viera por primera vez.

Lucien von Graffenried, el chico que en el torneo anual de ajedrez celebrado en el salón de actos, en el que Gregorius jugaba siempre una simultánea con una decena de alumnos, había ocultado una ficha. Después de haber hecho los movimientos correspondientes en los otros tableros, Gregorius se detuvo de nuevo frente a él. Enseguida se dio cuenta. Lo observó con serenidad. Un rubor llameante cubrió la cara de Lucien.

—No tienes necesidad de hacer eso —dijo Gregorius, y se ocupó de que la partida terminara en tablas.

Sarah Winter, que una vez había aparecido ante la puerta de su casa a las dos de la madrugada porque no sabía qué hacer con su embarazo. Él había preparado un té y la había escuchado, nada más.

—Estoy tan satisfecha de haber seguido su consejo —le dijo ella una semana después—, hubiese sido demasiado pronto para tener un hijo.

Beatrice Lüscher, con su letra uniforme y caligráfica, quien bajo el peso de sus notas siempre perfectas envejecía a una velocidad alarmante. René Zingg, siempre en el límite del aprobado.

Y por supuesto, Natalie Rubin. Una chica que no escatimaba a la hora de derrochar simpatía y que era un poco como

una doncella de la corte de siglos pasados, inaccesible, idolatrada y temida por su afilada lengua. La semana anterior se había levantado después del timbre para el recreo, estirándose como alguien que se siente a gusto en su cuerpo, y había sacado un caramelo del bolsillo de su falda. Mientras iba camino de la puerta, le retiró el envoltorio y se lo llevó a la boca justo cuando pasaba por delante de él. El caramelo acababa de rozar sus labios cuando la chica interrumpió el gesto, se volvió hacia Gregorius mostrándole el caramelo de color rojo intenso y le dijo: «¿Quiere?». Con expresión divertida por el desconcierto de su profesor, soltó su acostumbrada risa clara y curiosa y procuró que su mano rozara la del maestro.

Gregorius fue repasando a sus alumnos uno a uno. Primero le pareció que sacaba un balance de sus sentimientos hacia ellos. Pero luego, en medio de las filas de pupitres, se dio cuenta de que su pensamiento más frecuente era la vida que todavía les quedaba por delante; lo abierto que era su futuro; todas las cosas que todavía podían pasarles; ¡todo lo que podrían experimentar!

*Português.* Escuchaba la melodía y veía el rostro de la mujer, la manera en que ese rostro había aparecido con los ojos cerrados tras la toalla que lo frotaba, un rostro como el alabastro. Deslizó por última vez su mirada sobre las cabezas de los alumnos. Entonces se levantó lentamente de su asiento, caminó hasta la puerta, descolgó el húmedo abrigo del perchero y salió del aula sin darse la vuelta ni una sola vez.

Su cartera con los libros, la misma que lo había acompañado a lo largo de toda su vida, se había quedado olvidada sobre el atril. Arriba, en la escalera, se detuvo un momento y pensó cómo cada dos años llevaba a encuadernar los libros, siempre a la misma tienda, donde siempre se reían de las páginas gastadas y deshechas, las cuales, al tacto, casi parecían papel secante. Mientras la cartera permaneciera sobre el atril, los alumnos creerían que regresaría. Pero ésa no era la razón por la que había dejado los libros allí, ni tampoco el motivo por el que aho-

ra se resistía a la tentación de recogerlos. Si se marchaba ahora, también tendría que alejarse de esos libros. Era una sensación muy clara en él, aun cuando en ese instante, camino de la puerta de salida, todavía no tenía ni idea de lo que eso significaba verdaderamente: marcharse.

En el vestíbulo de la entrada, su mirada se posó en el pequeño charco formado cuando la mujer se detuvo allí, con el abrigo chorreando agua, esperando a que él regresara del lavabo. Era la huella de una visitante llegada desde otro mundo lejano, y Gregorius la observó con una devoción como la que solía sentir ante cualquier hallazgo arqueológico. Sólo cuando escuchó acercarse al conserje arrastrando los pies, se dio prisa y abandonó rápidamente el edificio.

Sin darse la vuelta, caminó hasta la esquina, desde donde pudo echar una ojeada hacia atrás sin ser visto. Con un ímpetu repentino del que jamás se hubiera creído capaz, sintió cuánto amaba ese edificio y todo lo que representaba, cuánto lo echaría de menos. Gregorius hizo un cálculo: había entrado en él por primera vez hacía cuarenta y dos años, cuando era un bachiller quinceañero, con sentimientos que oscilaban entre la alegría expectante y la timidez. Cuatro años más tarde había vuelto a salir de él con el certificado de bachiller, para luego, transcurridos sólo cuatro años, volver a entrar como sustituto del desafortunado profesor de griego, muerto en un accidente, el mismo que en su tiempo le había revelado el mundo antiguo. El monitor estudiante había pasado a ser un sustituto permanente que seguía estudiando y acababa de cumplir treinta y tres años, cuando por fin concluyó su examen universitario.

Sólo lo había hecho porque Florence, su mujer, le había apremiado para que lo hiciese. No había pensado jamás en hacer un doctorado, y cuando le preguntaban al respecto, sólo sabía reír. No le importaban esas cosas. Lo que sí le importaba era algo mucho más sencillo: conocer esos textos antiguos en sus más mínimos detalles estilísticos y gramaticales, saber cuál era la historia de cada expresión. En otras palabras: ser bueno

en su profesión. No era modestia, ya que la manera en la que se exigía a sí mismo era absolutamente inmodesta. Tampoco era excentricidad ni una especie de vanidad retorcida. Había sido, tal y como pensó luego, una especie de rabia contenida, dirigida contra un mundo presuntuoso, una obstinación indolegable con la que había querido vengarse de un mundo de fanfarrones que había hecho sufrir a su padre durante toda su vida, sólo porque consiguió llegar a celador de museo. El hecho de que otros que sabían menos que él —ridículamente menos, a decir verdad— hicieran sus exámenes y obtuvieran una plaza fija, era como si pertenecieran a otro mundo, a un mundo insoportablemente superficial, con raseros por los que su padre sólo sentía desprecio. En la escuela jamás se le hubiese ocurrido a nadie la idea de despedirlo y sustituirlo por alguien con un título. El director, también filólogo de lenguas clásicas, sabía cuán bueno era Gregorius —mucho mejor que él mismo—, y sabía que se hubiese producido una rebelión entre los alumnos. Más tarde, cuando por fin hizo su doctorado, a Gregorius le pareció ridículo por lo fácil y lo entregó cuando había transcurrido solamente la mitad del tiempo estipulado. Siempre le había tomado a mal a Florence que lo hubiese obligado a claudicar en su obstinación.

Gregorius se dio la vuelta y caminó lentamente en dirección al puente de Kirchenfeld. Cuando el puente se hizo visible, tuvo la extraña, inquietante y a la vez liberadora sensación de que estaba a punto de tomar del todo las riendas de su vida, por primera vez a la edad de cincuenta y siete años.